

César Conto

Los despojos mortales de César Conto serán depositados hoy⁽¹⁾ en un panteón de su tierra natal, tras haber descansado largo tiempo al amparo de suelos extranjeros⁽²⁾ y amigos. A ellos le llevó su amor a la libertad, que había cerrado sus ojos en Colombia, la entereza de sus invencibles convicciones, la persecución de los vencidos en Los Chancos, y la gallardía con que supo defender el nombre liberal. Conto perteneció a la brillante generación radical que bajo la Constitución de Rionegro sembró en este país los principios básicos de la democracia y, como todos esos Cónsules de armoniosa y lírica arrogancia, tuvo para las ideas liberales un amor de resistencia romántica, desencadenado en la patria en los trances difíciles, sereno, apostólico y apacible en lares extraños. Hay dos actividades humanas que no se concilian por sus caracteres especiales, porque la una quita a la otra la divina ecuanimidad de espíritu que requiere; son la política y la poesía. Sin embargo, Conto, como la mayor parte de los gloriosos patricios de la cosecha radical, hizo versos, cantó en perdurables poesías todo el lirismo de su alma, atenta siempre a cuidados más terrenales que ideales, a la suerte de la patria y de sus instituciones.

Orador, pensador, filósofo, guerrero y escritor, fué el suyo un cerebro de capacidad universal que dejó como última producción una en que habla sonoramente la convicción del apóstol. Fué su testamento político a la juventud de Colombia. Reviven esas páginas rojas toda la energía imponderable de su temperamento entonces al borde del sepulcro, despiden el más acentuado sabor liberal, en párrafos altivos, casi marciales. Escrito ese testamento para la juventud, encontrarán en esa pieza todos los nuevos el ejemplo de una vida gloriosa, uniforme, digna, y en la que sobresale la más pura devoción por los grandes ideales de la libertad.

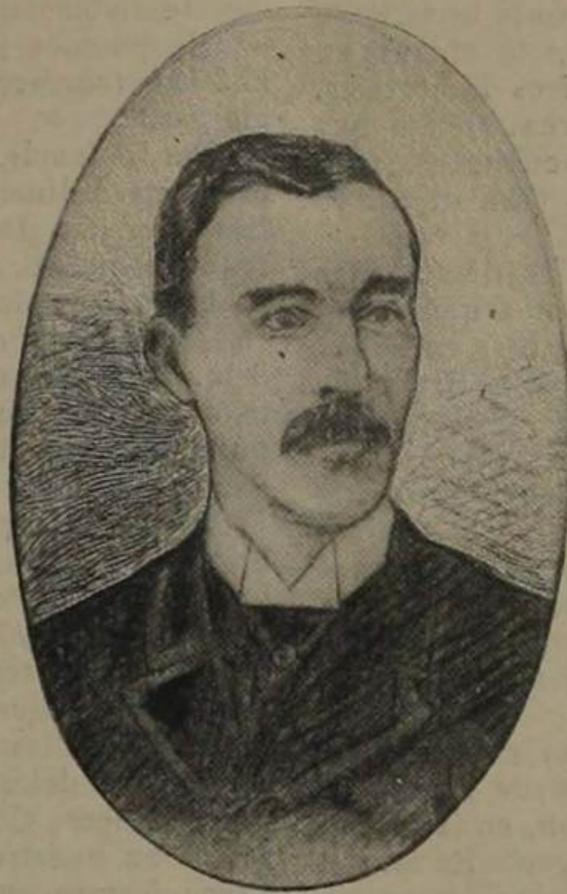
En la ciudad de Quibdó se rendirá hoy solemne homenaje al eximio varón colombiano. *El Tiempo*, por medio de su vocero en aquella capital, doctor Reinaldo Valencia, se asociará a la dignificación de esta fecha memorable en el almanaque liberal.

(*El Tiempo*, Bogotá).

(1) 12 de octubre de 1924.

(2) Dice *El Imparcial* de Guatemala, edición del martes 21 de octubre de 1924: «Hace unos años ya la prensa metropolitana habló, con el merecido encomio, del «gesto» del caballero colombiano, Hermenegildo Carvajal, quien tuvo la satisfacción de poder repatriar, con recursos propios, los restos mortales del gran poeta compatriota suyo, César Conto, muerto en Guatemala hace más de treinta años. El doctor Conto había venido con otros distinguidos colombianos que arrojaron de su tierra las rachas de la política, y aquí, en la nuestra, encontró una segunda patria donde tuvo admiración y simpatía, y donde sus restos descansaron hasta los terremotos de 1918; hubo entonces necesidad de depositarlos en el mausoleo de otro compatriota, por el doctor Teodomiro Villa Hausseler, colombiano también.

«Ahora, el señor Hermenegildo Carvajal ha tenido el placer de ver reconocido su esfuerzo en un cablegrama que de la tierra natal de César Conto le llega con ocasión de haberse conmemorado el centenario del ilustre poeta. Colombia paga una parte de la deuda de gratitud para su hijo lejano que le ha devuelto a una de sus glorias sin mácula».



César Conto

Regresan hoy a la tierra maternal los restos mortales de César Conto. Largos años permanecieron lejos de la patria los despojos del apóstol, y hoy, por la imperativa disposición de una ley sabia, vienen a descansar al amparo de los cielos del Chocó, bajo cuya lucidez corrieron los primeros días del grande hombre.

La vida de César Conto es tema para más de un volumen. Poeta y soldado, legislador y maestro, fué su agitada existencia un símbolo y una concreción de las ideas que él siempre defendió, tanto en la cátedra como en la llanura del combate, y en el parlamento como en los estrados del foro.

Quibdó, la moderna metrópoli, puede ufanarse de retener para siempre en su recinto lo que resta del estadista insigne; allá en las soleadas tierras, perennemente acariciadas por vientos de renovada libertad, lindando con la selva virgen, dormirá arrullado por la blancura de los mármoles eternos su último sueño. No faltará el gajo de laurel ni el acanto florido en

su sepulcro de él, de quien podemos decir con el poeta: «Duerme el sueño definitivo, que tu gloria—como la mañana en el verso de Omar Khayan—ha lanzado al bronce de la noche la piedra que hace huir a las estrellas!»

(*El Diario Nacional*, Bogotá).

Las repúblicas son ingratas, según la historia. Eso debe entenderse de las muy grandes, como la antigua Roma, o de las muy prósperas, como la Francia actual: pero no de las que están secuestradas o en orfandad, como la nueva Colombia. Estas últimas no se pueden dar el lujo de la ingratitud. ¿Qué las consolaría de su miseria presente, si no cultivaran el recuerdo de su grandeza pasada?

Todo país en actual degradación—creciente o transitoria—se refugia instintivamente en sus recuerdos, y hace del culto a los hombres de su historia una de las formas de su protesta contra los hombres del día.

Hay, pues, a lo que parece, en las conmemoraciones populares, como el centenario del natalicio de Santander o como el aniversario de la muerte de Conto, algo que es orgullo, algo que es agradecimiento, algo que es esperanza.

Para entenderlo así y juntar esos dos nombres, no es necesario poner—y nosotros no los ponemos—a esos dos próceres a un mismo nivel histórico.

No los ponemos, porque la gloria de los padres de la patria no es conmensurable con ninguna otra gloria.

Conto no emancipó continentes, no constituyó repúblicas. No fué rival de Washington ni de Bolívar, de Santander ni de Hamilton. Labores como las que llevaron a cabo esos grandes hombres pueden ser compartidas, pero no son renovadas por dos generaciones seguidas. En un mismo siglo, en un mismo pueblo, no se presentan sino a lo sumo una vez; y para esa vez Dios talla esos hombres especiales.

Prodigar los nombres de ellos a actores vulgares,